

La mirará, se sentará á su lado,  
E ignorando por qué, su pecho, herido  
De una dulce ternera,  
Amará, de mi flor estimulado,  
La belleza moral de su belleza.  
¡Ay! que del crimen al cadalso infame  
Tal vez ese infeliz se despeñara  
Si esta rosa escondida  
La virtud en su olor no le inspirara.  
Queda, si, queda en tu rosal prendida,  
¡Oh rosa del desierto!  
Para escuela de amor y de virtudes;  
Queda, y el pasajero,  
Al mirarte, se pare y te bendiga,  
Y sienta y llora como yo, y prosiga  
Más contento su próspero camino,  
Sin que te arranque de tus patrios lares.  
¡Es tan larga tu edad para que quiera  
Cortarte, acelerando tu carrera?  
No; queda, vive, y el piadoso cielo  
Dos soles más prolongue tu hermosura.  
¡Puedas, lozana y pura,  
No probar los rigores  
Del bárbaro granizo,  
Ni los crudos ardores  
De un sol de muerte, ni jamás tirano  
Tus galas rompa el ródor gusano.  
No; dura, y sé feliz cuanto desea  
Mi amistad oficiosa;  
Y feliz á la par contigo sea  
La abejilla piadosa  
Que, en tu cáliz posada,  
Hace á tus soledades compañía.  
Adios, mi flor amada,  
Adios y eterno adios. La tumba fria  
Me abismará también; mas si en mi musa  
Llego á triunfar del tiempo y de la muerte,  
Inseparable de tu dulce amigo  
Eternamente vivirás conmigo.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FUERTEHÍJAR,  
EN LOS DIAS DE SU ESPOSA.

¡Duermes, Germano, y el rosado Oriente  
Va á proclamar el venturoso día  
De tu más tierno amor? ¡Duermes, y en tanto  
Vela tu amigo y á gozar te llama,  
Y no atiendes su voz? Tal vez nos llegan  
Las horas de placer, nos ven dormidos,  
Y pasan y huyen, y el placer las sigue  
Para nunca volver. El sueño entonces  
¡Qué deja en pos sino pesar estéril?  
Duerman los tristes; pero tú despierta,  
Vén, vén: al punto á recibir marchemos  
Entre las verdes pensativas ramas  
De un desmayado saúz, el primer rayo  
Del astro de la luz. Él, insensible,  
Por la profunda soledad del cielo  
Va silencioso en perennal viaje.  
Si tú le esquivas, á tus voces sordo  
Este sol pasará, y ¡oh cuánto, cuánto  
Otro cual él se tardará en lucirte!  
Este es el sol que de tu amable esposa  
Cuenta los años. De la oscura noche  
Léjos, un día amaneció radiante,  
Y allí con él desde el materno seno  
También Lorenza amaneció, Lorenza  
Antes de lo que fué y es en la nada.  
En ella busca á su querido objeto  
Y le halla y le ama; y desde allí volando,  
Corta lo por venir, entra en la tumba  
Y ama en la tumba y en la tumba vive.  
Distancias desconoce; en breve espacio  
Lleva en el alma el universo entero.  
No hay edades en él ni hay estaciones;  
Que eterna primavera es el cariño;  
Todo lo anima, lo embellece todo,  
Cual embellece para tí, oh Germano,  
Este día feliz. Y ¡qué! ¡tú solo  
En él te gozarás? No, tus placeres  
De tus amigos son; ellos tus penas

Sentirán otra vez. Nicasio te ama  
Y ama á tu esposa, y ¡lo ignorais? Nicasio  
Sabe también amar. ¡Oh cuál palpita  
De júbilo mi pecho! Vén, estrecha,  
Germano mio, en tus amigos brazos  
Mi ardiente corazón, y á par del tuyo  
Lata más vivo y tu placer redoble.  
¡Oh cuál en ellos mi amistad se inflama!  
¡Cuántos deseos de cariño hermoso  
Hinchén mi corazón, que allá en el pecho  
Ya no acierta á caber! Estrecha, estrecha  
Dolor hermoso de su tierna madre.  
Ella nació, para tí nació,  
Y lo ignorabas tú. ¡Y en dónde estabas,  
Dime, ó cuál eras en aquel instante?  
Indómito garzón, entre los juegos  
De tu edad bulliciosa te perdías,  
Ciego á lo porvenir y á lo pasado.  
¡Quién te dijera que á distancia tanta,  
Léjos, allá en el gaditano suelo,  
Del alma una mitad hoy te nacía?  
¡Que de Lorenza la inocente cuna  
Mecían la piedad, las tiernas gracias,  
La compasión, la ingenuidad hermosa,  
Tanto y tan bello amor como adelante  
Para siempre tu pecho cautivaron?  
¡Oh cuántas veces te alumbró este día  
Igual á los demás, y confundido  
Entre el vulgo de días le olvidaste!  
¡Cuántas, cuántas despues, cuando Lorenza  
Con su querer le ennobleció á tus ojos,  
Fija la mente en los que ya pasaron,  
En medio de dos lágrimas lanzaste  
Un ¡ay! de amor, clamando entristecido:  
«¡Oh, si posible el atrasarlos fuese,  
Y de uno en otro, de mi esposa al lado,  
Ir ascendiendo hasta el feliz instante  
Que la miró nacer! Allí naciera  
Mi cariño también; ella vería  
Todo el espacio de su vida hermoso  
Sembrado con mi amor desde su cuna.  
Mas ignorada para mí en su infancia,  
No pude verla palpitar dormida  
Entre los pechos que manaron píos  
En su boquita el cándido sustento.  
Saltó jugando en su niñez traviesa,  
Y no pude alternar allí en sus juegos  
Ni sonreír con sus pueriles gracias.  
Su adolescencia las primeras flores  
Brotó lozana, y para mí no fueron.  
¡Ay cuántos años sin su amor perdidos!  
¡Perdidos? no: con tu pesar amante,  
Pesar hermoso de las almas tiernas,  
Los haces revivir y amas en ellos,  
Así el amor lo que perdió desquita,  
Y poderoso el sepulcral vacío  
Llena de lo que fué con lo presente.  
La misteriosa eternidad del tiempo,  
La inmensidad del insondable espacio  
Es estrecha prision para el cariño.  
No hay límites con él: las alas tiende,  
Vuela y penetra lo pasado, y vuela  
Más y más cada vez; y así enlazados,  
Bien cual hermanos, al salir nos halle  
El pacífico sol.... ¡Oh, salve, salve!  
¡Le ves, le ves que por las altas cumbres  
Su rayo matinal tímido asoma?  
¡Oh salve, salve, vencedor glorioso  
De la muerte, del caos y la noche!  
¡Monarca celestial! ¡brillante imagen  
De verdad, de virtud y de hermosura!  
¡Vivificante sol! ¡ay! siempre bello  
¡Viendes con profusión por la ancha esfera  
De tu lumbré inmortal las ricas galas.  
O crie rosas tu vital aliento,  
O en soplo abrasador las mieses dores,  
O más templado alegres las colinas  
Con el verdor del pampanoso Octubre,  
O allá en nublada oscuridad perdido  
Cubras el mundo de invernol tristeza,  
Siempre eres bello y tu belleza es tuya.  
Mas tan bello cual hoy, ¡oh sol! perdona,

Mis ojos no te ven, ni cuando tierno  
La flor primera del Abril nos abres,  
Ni cuando entera con honor tu ocaso  
Del verde otoño el postrimer suspiro.  
Más hermosa que tú mil y mil veces  
Reluce la amistad, y en este día  
Es la bella amistad quien te hermosea.  
Lorenza brilla en tí. ¡Pueda Lorenza  
Brillar entre su esposo y sus amigos,  
Cual tú feliz en medio á tus planetas!  
¡Puedas sembrar de rosas y placeres  
Su fausto día, sin que nunca torne  
La vista ansiosa á lo pasado, huyendo  
De lo presente en él! ¡Siempre lograda  
Hasta en los sueños su esperanza vea,  
Y sueñe risas y virtud! ¡Que viva,  
Viva tan larga edad!.... Caro Germano,  
¡Ay, ay Germano! Las fugaces horas  
Vuelan impías, y tras sí arrebatan  
Días y años y lustros, y en un punto  
Parece la vejez y en pos la muerte.  
¡Oh, que no fuese á mi cariño dado  
El tiempo detener ántes que traiga  
Ese trance crüel! Nunca mis ojos  
Lo lleguen á mirar! ¡Antes resuene  
En mi hueco ataud el sordo ruido  
De la tierra fatal que cae rodando  
A henchir la soledad de los sepulcros!  
Si, dulce amigo, con tu amada esposa  
Vive, vive feliz cuanto desea  
Mi fogosa amistad, y pueda el cielo,  
Cortando por piedad mi inútil vida,  
La vuestra prolongar próspera y bella!  
Toma este abrazo para tí, Germano,  
Y este también para tu tierna esposa,  
Y toda el alma recibid en ellos.  
Cuando despues en mi sepulcro yazca,  
Este sol mismo volverá en Agosto,  
Y yo no le veré. Germano, entonces  
Siquiera en un recuerdo de tu mente  
Viva Nicasio, y á tu amable esposa  
Dando ese abrazo, la dirás lloroso:  
«Esto un amigo me dejó en tus días.»

LA PASTORCILLA ENAMORADA.

¡En cuál hado naci tan funesto,  
Que á perpétuo dolor me condena?  
Allá dentro me aflige una pena  
Que yo siento y no puedo decir.  
Aborrezco lo que ántes amaba,  
Solitaria á llorar me retiro,  
Me pregunta mi madre y suspiro,  
Y respondo: «Yo quiero morir.»

¡Ay! ¿dónde están los apacibles días  
Que me vieron contenta  
Pastorear los mansos corderillos?  
De pesares exenta,  
Al són de los acordes caramillos  
Danzando entre las ágiles pastoras,  
Gocé largo placer en breves horas.  
Tal vez en ancho corro  
En medio á mis amigas refería  
Mil divertidos cuentos,  
Y reían conmigo, y yo reía.  
Tal vez se ejercitaban los talentos  
En resolver enigmas misteriosos,  
Y aquella que acertaba,  
Mil parabienes y una flor ganaba.  
¡Ay, cuánta y cuánta flor, premios dichosos  
De aquella mi agudeza,  
A mi madre llevé que los guardara!  
Ella los recibía,  
Y despues, repasándolos, decía:  
«Más premios has ganado  
Que las otras zagalas de este prado;  
Toma, toma este abrazo, Silvia mia.»  
¡Ay! ¡qué valieron mis victorias bellas?  
Recogiéndolas hoy, marché con ellas  
A par del sesgo rio,

Y de una en una las eché en sus ondas,  
Y vi cómo cayeron,  
Y en ellas, cual mis gustos, se perdieron.  
Ya ni las dulces flores,  
Ni el grato rorear de la mañana,  
Ni el espirar del sol, ni los pastores  
Con sus juegos nativos, nada alcanza  
A templar mis pesares;  
Ni la blanda amistad con sus consuelos,  
Ni de mi madre la cordial ternera;  
Más bien todo redobra mi tristeza.  
Dolor es cuanto siento,  
Cuanto miro es dolor, y triste vaga  
De dolor en dolor mi pensamiento.  
Fileno, ¡ay Dios! Fileno....  
Yo fallezco de amor, y él no me paga.  
En el alma clavado,  
Sin poder desecharle, va conmigo;  
Duermo, y allí á mi lado  
Entre sueños le veo;  
Despierto, y allí está con mis amigas;  
A Fileno y no más hallan mis ojos;  
Al bosque solitaria me retiro,  
Y allí á Fileno en cada sombra miro.  
Fileno por doquier; todo es Fileno;  
Y él, el ingrato, en mi dolor sereno.  
¡Ay! ni mis ojos mustios,  
Ni el pálido color de mi semblante,  
Ni mi crüel tristeza,  
Ni este morir en juventud perdida  
No ablandan su dureza.  
Todos se duelen de la pobre Silvia,  
Todos se esfuerzan á enjugar mi llanto,  
Todos la buscan; y Fileno en tanto  
Va de la triste huyendo.  
A Galatea por doquier siguiendo.  
Amala, que es hermosa y yo soy fea;  
¡Oh quién fuese la bella Galatea!  
¡Tuviese yo á lo menos  
Sus negros ojos y las dulces gracias  
De su reír! ¡Tuviera  
No más que su fortuna!  
Que tan fea no soy si él me quisiera.  
Y aún hay quien, comparándome con ella,  
Dice que soy más bella.  
Mi madre en este día,  
Besándome en sus brazos, lo decía;  
Y mi madre no miente.  
¡Y no lo dice claro aquesta fuente,  
Que me retrata ahora en sus cristales?  
Todas mis compañeras  
Y todos los zagales,  
Y las mismas corderas,  
Todos, todos me quieren  
Y en todo á Galatea me prefieren.  
Mas ¡qué vale, si en tanto  
Yo me consumo en doloroso llanto?

Avecilla en la jaula prendida  
Ve á su par, y le llama piando,  
Y al mirar que se aleja volando,  
Se contrista y no puede vivir.  
Madre, madre, yo soy la avecilla:  
El ingrato no atiende á mi ruego;  
No me es dado apagar este fuego:  
Madre mia, yo quiero morir.

EN ALABANZA DE UN CARPINTERO  
LLAMADO ALFONSO.

*Virtutem.... inventis.... callosas habentem manus.*  
SENECA, *De Vita beata*, 7.

Yo lo juré; mi incorruptible acento  
Vengará la virtud, que lagrimosa  
En infame baldon yace indigente.  
En despecho del oro macilento  
Y de ambición pujante y envidiosa,  
Mil templos la alzaré, do reverente,  
Sus aras perfumando,  
Al orbe su loor iré cantando.  
Nobles magnates, que la humana esencia



Osasteis despreciar por un dorado  
Yugo servil, que ennobleció un Tiberio,  
Mi lira desoid. Vuestra ascendencia,  
Generacion del crimen laureado,  
Vuestro pomposo funeral imperio,  
Vuestro honor arrogante,  
Yo los detesto, iniquidad los cante.  
Del palacio en la mole ponderosa  
Que, anhelantes, dos mundos levantaron  
Sobre la destruccion de un siglo entero,  
Morará la virtud? ¡Oh congojosa  
Choza del infeliz! á tí volaron  
La justicia y razon, desde que fiero,  
Ayugando al humano,  
De la igualdad triunfó el primer tirano.  
Dilo tú, dilo tú, pura morada  
Del íntegro varon; taller divino  
De un recto menestral.... ¡Adónde, adónde....  
¡Quién sacrilego habló? ¡Qué lengua osada  
Se mueve contra mí porque apadrino  
A la miseria do virtud se esconde,  
Mi Apolo condenando,  
Innoble y bajo al menestral llamando?  
¡Innoble? ¡Oh monstruo! ¡En el profundo averno  
Perezca para siempre tu memoria  
Y tu generacion! ¡Eternamente  
Habrémos de ignorar que el Sempiterno  
Es padre universal? ¡que no hay más gloria  
Ante su rectitud inteligente  
Que inflexible justicia,  
Ni más baldon que la parcial malicia?  
Fué usurpacion, que, la verdad nublando,  
Distinciones halló de sus horrores  
Se ilustrasen. Por ella la nobleza  
Del ocioso poder la frente alzando,  
Dijo al pobre: «Soy más; á los sudores  
El cielo te crió: tú en la pobreza,  
Yo en rico poderío,  
Tu destino es servir, mandar el mio.»  
¡Y nobles se dirán estos sangrientos  
Partos de perdicion, trastornadores  
De las eternas leyes de natura?  
¡Nobles serán los locos pensamientos  
De un sér que innatural huella inferiores  
A sus hermanos, y que audaz procura  
En sobrehumana esfera  
Divinizar su corrupcion grosera?  
¡Pueden honrar al apolíneo canto  
Cetro, toison y espada matadora,  
Insignias viles de opresion impia?  
¡Y de virtud el distintivo santo,  
El tranquilo formon, la bienhechora  
Gúbia su infame deshonor sería?  
¡Y un insecto envilece  
Lo que Dios en los cielos ennoblece?  
Levantaos, oh grandes de la tierra,  
Seguid mis pasos, que á su tumba oscura  
Alfonso os llama. Enhiestos y brillantes,  
Con más tesoros que Golconda encierra,  
De vuestra claridad y excelsa altura  
Presentad los blasones arrogantes,  
Que á los vuestros famosos  
El va á oponer sus timbres virtuosos.  
Recibiólo al nacer sacra pobreza,  
Para seguirle hasta el postrer aliento.  
Nació, y oyendo su primer vagido,  
Voló la enfermedad, y con dureza  
Quebrantó su salud, eterno asiento  
Fijando en él. Se queja, y al quejido,  
Desde el Olimpo santo  
Baja virtud para enjugar su llanto.  
Crece, y sus padres con placer miraron  
Crecer en él la cándida inocencia.  
Corrió su edad, esclareció su mente,  
Y ya su pecho y su razon le hablaron.  
Mira en torno de sí, y es indigencia  
Cuanto miró; y al contemplar doliente  
Su familia infelice,  
Un escoplo tomó, y así le dice:  
«Objeto de mi amor, ¡ay! sólo es dado  
El sustento al afan, y sólo el vicio  
Se alimenta sin él. ¡Ley adorable

De mi adorable Autor! El triste estado  
Ves de mis padres, cuánto sacrificio  
Merezco á su cariño infatigable:  
Ellos de noche y dia  
Compran con su dolor la dicha mia.  
» ¡Por siempre gemirán? Es tiempo ahora  
De amparar su vejez. Escoplo amigo,  
Ya te puedo quitar; mi brazo fuerte  
A tí se acoge, tu favor implora;  
Tú mi apoyo serás y firme abrigo  
Contra el hambre y maldad; harás mi suerte  
Hasta el dia postrero,  
Y yo te juro ser fiel compañero.  
» Empieza, empieza; y favorable el cielo  
Bendiga tu empezar, y á tus labores  
Dé rico galardón. Puedas un dia  
De mi triste familia ser consuelo.  
Puedas ¡ay! de mi padre los sudores  
Para siempre limpiar, y en compañía  
De su divina esposa  
Cerrar los ojos en quietud dichosa.  
Y entónces, ¡ay! cuando orfandad doliente  
Siembre en mis días soledad y lloro,  
¡Adónde llevaré la débil planta,  
Que temple mi dolor? Tú de mi mente  
Las fúnebres imágenes que honoro  
Piadoso aparta ya, la antorcha ardiente  
Al amor concediendo,  
Con dulce esposa mi penar partiendo.  
Modelo de virtud, su fértil seno  
Sabrá reproducir multiplicadas  
Sus virtudes sin fin. Gozos filiales  
El bien os ame: su criol veneno  
No os soplen las maldades prosperadas.  
Estudad los ejemplos maternos,  
Mientras la mano mia  
Guarda vuestra niñez de la hambre impía.  
¡Seductora ilusion! ¡Oh, quién me diera  
En salud floreciente mis labores  
No interrumpir jamas! Dios poderoso,  
Que, paternal, desde tu angusta esfera,  
Del infeliz recibes los clamores,  
Yo me postro ante tí: vuelve piadoso  
Hacia mí tu semblante,  
Y mi quebranto cesará al instante.  
Yo no deseo la opulenta suerte  
De una alta condicion; tú me la diste:  
Cual tuyo adoraré mi humilde estado.  
Mas ¡oh mi padre! que tu brazo fuerte  
Siempre me aparte de la senda triste  
Del vicio; y que, á tu acento, recobrado  
Mi vital desaliento,  
En mi labor recoja mi sustento.»  
Dijo y obró; y al verle, estremecido  
El infierno tembló; y el vicio adusto  
Miró caer su cetro fulminante.  
Por tres veces «Alfonso» repetido  
Por los ángeles fué, y, el nombre agosto,  
De esferas en esferas resonante,  
Dijo el Sér soberano:  
Este es el hombre que crió mi mano.  
Vén, oh tierra; venid, cielos hermosos,  
Cantad las alabanzas del Eterno  
Y admirad su poder imponderable:  
Ved entre los anhelos trabajadores,  
El hambre y el oprobio sempiterno,  
Un carpintero vil: inestimable  
Tesoro en él se encierra:  
Es la imagen de Dios, Dios en la tierra.  
Es el hombre de bien: oscurecido  
En miseria fatal, nubes espesas  
Su virtud anublaron, despreciada  
Su difícil virtud. Si, enardecido  
De la fama al clarín, arduas empresas  
Obra el héroe, su alma es sustentada  
Con gloriosa esperanza;  
Mas la oscura virtud, ¡qué premio alcanza!  
El desprecio, el afan y la amargura:  
Tal fué de Alfonso el galardón sangriento.  
Sacrificado á la inmortal fatiga,  
¡Cuál fruto recogió? La parca dura,  
Debilitando su vital aliento

Desde el mismo nacer, hizo, enemiga,  
Que en trabajo inclemente  
Fuera estéril sudor el de su frente.  
Via á sus hijos y á su amante esposa  
En las garras del hambre macilenta  
Prontos á perecer; en vano, en vano  
La enfermedad ataba poderosa  
Sus miembros al dolor. Su alma, atenta  
Al ajeno sufrir, su estado insano  
Olvida, y en contento  
Dobra por sus amores su tormento.  
¡Oh tú, esposa feliz de un virtuoso,  
Perpétua infatigable compañera  
De su eterna aficcion; Teresa amable!  
¡No es cierto que jamas tu santo esposo  
Murmuró en su pesar? ¡que lastimera  
Su pobreza adoró? ¡que inviolable  
Su planta religiosa  
Huyó de la maldad ménos costosa?  
Y vosotros, oh prendas inocentes  
De su inocente amor, hijos preciados  
De Alfonso, hablad: decidnos las lecciones  
Que os dictó ejecutando, los dolientes  
Que tierno consoló, los angustiados  
Que su hambre sustentó, los corazones  
Que su atractivo ejemplo  
Llevó rendidos de virtud al templo.  
Bondad fué su vivir: en su semblante  
Habla la deidad. ¡Oh cuántas veces  
Mi espíritu, en respetos abismado  
Ante tu majestad, probó el triunfante  
Imperio de virtud! Mis altiveces  
Allí desaparecian, y humillado  
A sus palabras santas,  
Tal vez quiso besar sus dignas plantas.  
Yo le vi.... yo le vi.... ¡Funesto dial  
Para siempre le vi.... Pálida muerte  
Volaba en torno del. ¡Infundado!  
Que el penúltimo sol entónces via.  
Jamás, jamás su enfurecida suerte  
Ostentó más rigor. Desfigurado,  
Con furibundo acento  
Me demandó su postrimer sustento.  
¡Sacrosanta virtud! ¡Tú suplicante  
A mí, débil mortal? Tú, tú lo viste,  
Omnipotente Dios, el amargura  
Que mi pecho bebió en aquel instante.  
Nunca el sol para mí lució más triste:  
Lloré mi dicha, así la tumba oscura,  
Y ¡ojalá quien me diera  
Que en el lugar de Alfonso padeciera!  
Disipad, destruid, oh colosales  
Monstruos de la fortuna, las riquezas  
En la perversidad y torpe olvido  
De la santa razon; criad brutales  
En nueva iniquidad nuevas grandezas  
Y nueva destruccion; y el duro oido  
A la piedad negando,  
Que Alfonso espere, en hambre desmayando.  
¡Esto es ser noble? vuestro honor sangriento  
En la muerte de Alfonso: ¡ay, ay, que espiral  
Pesadumbres, huid; cesad siquiera  
De atormentar su postrimer aliento.  
Inútil ruego. Adonde el triste mira,  
Aficcion. Con sus hijos lastimera  
Su esposa se le ofrece,  
Y cuanto sufrirán él lo padece.  
¡Dolorido varon! Ni un solo dia  
Alegre te miró, ni un solo instante  
Rió tu probidad. Torvos doctores,  
Vos, que enseñais que con la tumba fria  
Cesan el bien y el mal, ved espirante  
A Alfonso. Su virtud entre dolores,  
¡Es nadá, es nombre vano,  
O hay un otro vivir para el humano?  
Hay otro estado, donde espera el justo  
Eterno galardón. ¡Ah! vuela, vuela,  
Del santo Alfonso espíritu dichoso,  
A la patria inmortal, adonde agusto  
Te llama el Dios que justiciero vela  
Por su amada virtud. Paró nublado  
Su invierno, y placentera

Ya le rie inmortal la primavera.  
Goza, goza en la paz inalterable  
El fruto dulce de tu amable vida.  
Bebe de las delicias que en torrentes  
Manan sin descansar del Inefable.  
Yo entre tanto á la tumba oscurecida  
Iré de tus cenizas inocentes  
Yacen, y mis dolores  
Mitigaré cubriéndola de flores.  
Iré, la bañaré con triste llanto  
En tributo anual, y cuando horrendo  
El falso vicio deslumbrarme intente,  
Allí te buscaré. Tu nombre santo  
Invocará mi voz, y, el vicio huyendo,  
A mi clamor la sombra reverente  
Saldrá, y en soplo frio  
Volverá la virtud al pecho mio.  
¡Oh sepulcro que guardas el reposo  
De tan justo mortal! Hasta la muerte  
Has de ser mi leccion. Tú la inocencia  
Me enseñarás; lo honesto y virtuoso  
Leeré en tu oscuridad; harás que fuerte  
Sepa amar el afan y la indignancia;  
Y que, allí atrincherado,  
Huelle el poder del crimen entronado.

## LA ESCUELA DEL SEPULCRO.

Á la señora Marquesa de Fuertehtjar, con motivo de la muerte de  
su amiga la Marquesa de las Mercedes.  
¡Adónde, adónde los dolientes ojos  
Vuelves? ¡Qué buscas, ó por quién exhalas  
Tanto suspiro de dolor y angustia?  
¡Qué atiendes, di, que el respirar parando,  
El alma toda en el oído clavas,  
Ansiosa de escuchar? En vano, en vano  
Anhelas por oír: la quieta noche  
A los mortales con su sombra encierra  
Y acalla al mundo, que tranquilo yace  
En un mar de silencio sumergido.  
Mas ¡ay! ¡cuál són tan á deshora turba  
La silenciosa paz de las tinieblas?  
Y cesa, y vuelve á resonar, y pára,  
Y resuena otra vez? Lloras, sí, lloras  
Tu amarga soledad, oh triste amiga;  
Gime, lamenta sin cesar, tu pecho  
Se parta de dolor, y al labio envíe  
El ¡ay! de la amistad desesperada.  
El bronco són que tus oídos hiere,  
Es la trompeta de la muerte, el doble  
De la campana, que terrible dice:  
«Fué, fué tu amiga. La que tantas veces  
Te vió y te habló, y en sus amantes brazos  
Tan fina te estrechó, y en tus mejillas  
Su cariño estampó con dulces besos;  
La que en su mente consagró tu imagen  
Y en cuyo corazon un templo hermoso  
Te erigió la amistad do siempre ardía  
Tanto y tap puro amor, ya por las olas  
Fué de la eternidad arrebatada:  
Ahora mismo á su cadáver yerto,  
En estrecho ataúd aprisionado,  
Alumbrarán con dolorosa llama  
Tristes antorchas del color que ostentan  
Las mustias hojas que al morir otoño  
Del árbol paternal ya se despiden.  
Ahora mismo vacerá en la sima  
De la tumba infeliz, hollando lutos  
Negros, más negros que nublada noche  
En las hondas cavernas de los Alpes.  
En torno de ella, y apartando el rostro  
De su espantable palidez, sentados,  
Compañía la harán los que otro tiempo,  
Tal vez colgados de su voz, pendientes  
De un giro de sus ojos, estudiaban  
Su voluntad para servirla humildes.  
Esta será ¡ay dolor! la vez postrera  
Que la visiten los mortales, ésta  
Su tertulia final y último obsequio  
Que el mundo la ha de hacer. Sí; que estos cantos  
Con que del templo la anchurosa mole



Temblando toda en rededor retumba,  
Su despedida son, son sus adioses,  
El largo adiós final. ¡Oh tú, Lorenza,  
Vén por la última vez, vén, vén conmigo,  
Y á tu amiga verás; verás al ménos  
El cuerpo que animó; verás reliquias  
De una nada que fué! Mira que tardas,  
Y nunca, nunca volverás á verla,  
Nunca jamas; que ya sobre sus hombros  
Cargaron los ministros del sepulcro  
El ataúd, y marchan y descienden  
Con él á la morada solitaria  
Del oscuro no sér. Allí en los muros  
Cien bocas abre la insaciable muerte,  
Por donde traga sin cesar la vida.  
Y á tí, ¡oh Quero infeliz! ¡oh malograda!  
¡Oh atropellada juventud! Caíste,  
Bien como flor que en su lozana pompa  
Hollada fué por la ignorante planta  
De un pasajero sin piedad. Caíste,  
Y ya otro rastro de tu sér no queda  
Que las memorias que de tí conserven  
Los que te amaron. Pasarán los días,  
Y las memorias pasarán con ellos;  
Y entonces ¿qué serás? El nombre vano,  
El nombre solo en tu sepulcro escrito,  
Con que han querido eternizar tu nada.  
Tirano el tiempo, insultará tu tumba,  
Con diente agudo róerá sus letras,  
Borrará la inscripcion, y nada, nada  
Serás por fin. ¡Oh muerte, muerte impial!  
¡Oh sepulcro voraz! en tí los seres  
Deshechos cacn; en tí generaciones  
Sobre generaciones se amontonan,  
En tí la vida sin cesar se estrella,  
Y de tu abismo en la espantosa margen  
El tiempo destructor está, sañudo,  
Arrojando los siglos despeñados.  
¿Qué son ahora los primeros días,  
La edad primera de la tierra? ¿En dónde  
Las que fueron despues hoy hallaremos?  
¿Sesóstris dónde está? ¿Dónde el gran Ciro,  
Babilonia y Semíramis? Pasaron,  
Cortando el tiempo, cual veloz saeta  
Que el aire hiende sin que rastro alguno  
Deje de su pasar. ¿Qué son ahora  
Los Césares, los Jérges, los Timures  
Y los héroes famosos de la Grecia?  
Voces y nada más. Y ¿qué es el siglo  
Que acaba de espirar? ¿Y qué es el día  
De ayer, el de hoy en lo que va corrido?  
Muerte en verdad; que cuanta vida el tiempo  
Nos ha llevado, en el sepulcro yace.  
¿Es tan breve el vivir, y el hombre insano  
En hacerse infeliz sólo le emplea?  
Como en airada mar la frágil nave,  
Luchando entre borrascas horrosas,  
Corre perdida sin timon ni velas,  
Y en pos el huracan desenfrenado  
La va acosando en bárbaros embates,  
Y ora á las nubes las bramantes olas  
La arrojan, y ora con terrible estruendo  
La despeñan, rompiéndose, al abismo;  
Y ya anegada con salobre muerte  
Llora su perdicion, y ya un fracaso  
Mira seguro en la enriscada costa  
Donde á estrellarse va: tal es el hombre  
Por el mar de la vida navegando.  
Siempre á merced de sus pasiones corre  
Entre tinieblas y borrascas tristes,  
En eterna inquietud, a lá en el alma  
Hondamente clavada la amargura  
Y la zozobra y el cruel fastidio  
Y desesperacion, sin que los ojos  
Vuélva jamas al relumbrante faro  
De la pura razon. En cada instante  
Vota acogerse á su sagrado puerto,  
Y á cada instante, quebrantando el voto,  
Se aparta más y más, y á nuevos mares  
Se confía, y á míseros naufragios.  
De ilusion á ilusion, de sombra en sombra  
Ya deslumbrado, con ardor abraza

Mil fantasmas de bien, y ellas le burlan  
Deshaciéndose, y halla el miserable  
Ansia y dolor donde esperó contento.  
Y vuela desliziándose entre tanto  
La vida, y se le escapa, y el sepulcro  
Le sale al paso, y ¿qué vivió?... Cien voces  
Oigo que salen desde el centro frio  
De los sepulcros que «tormentos» dicen.  
«Tormentos», claman las doradas urnas  
Donde descansan las cenizas régias.  
«Tormentos», claman las inmundas hoyas  
Donde la plebe amontonada gime  
«Tormentos», las pirámides erguidas  
Que en sus entrañas cóncavas tragaron  
Cien dinastías del perdido Oriente.  
Y «tormentos, tormentos», desde el Norte  
Al Mediodía, desde Oriente á Ocaso,  
Toda la tierra sin cesar repite.  
¿Dónde estás, dónde estás, soberbia tumba,  
Tumba olvidada del atroz guerrero,  
A cuya alta ambicion venia estrecha  
La inmensidad del tiempo y del espacio?  
Tumba del Macedon, ¿dónde te escondes,  
Que no dices aquí? Tal vez ahora  
Darás abrigo á las cansadas yuntas  
De algun humilde labrador honrado;  
Tal vez la tumba que te henchia, cubre  
Una choza infeliz, y las reliquias  
Del famoso Alejandro son paredes  
De algun pobre pastor, no conocido  
De otro mortal que de su tierna esposa  
Y de su perro y de su fiel ganado.  
Él es feliz en su pobreza oscura,  
Y tú fuiste infeliz en la abundancia  
De tu hambrienta ambicion. El sus deseos  
Por la necesidad de cada día  
Mide, y prudente la natura acalla  
Con lo que fácil la razon exige.  
Así contento lo presente goza,  
Sin olvidarlo por correr ansioso  
A encontrar á mañana, y á perderse  
Allá en un porvenir que nunca llega.  
Y tú, ¿qué fuiste, vencedor del mundo?  
Tú, de soberbia y ambicion hinchado,  
Tú, que sangrientas lágrimas vertias,  
Temiendo atroz que la paterna espada  
Nada en la tierra te dejase libre  
Que poder oprimir, ¿fuiste dichoso?  
Las victorias del Gránico y del Iso,  
Persia á tu carro triunfador atada,  
Cien tronos de Asia, el Asia estremecida  
A un mover de tu pié, la tierra entera  
Arrodillada de tu nombre al eco;  
Tanta potencia, tanta gloria, ¿acaso  
Pasieron coto á tu ambicion? ¿No hallaste  
Por siempre un más allá que las entrañas  
Te roía doquier, y cada gloria  
Te presentaba desabrida y triste  
Desde el punto fatal en que era tuya?  
¿Cuál fué tu vida? Nunca lo presente  
Existió para tí, que adormecido  
Vivias en los sueños de esperanzas,  
Desterrado por siempre en lo futuro.  
Para tí lo pasado fué un tormento,  
Un estímulo más, que te arrastraba  
A deseos sin fin, á largos planes  
De guerras y victorias y ruínas  
Y perpétua inquietud. Pues ¿cuándo, cuándo  
Viviste? ¿Cuándo del feliz reposo  
Gozaste, y de la paz y la bonanza  
De las pasiones, y el alegre cielo  
De un inocente corazón tranquilo?  
En el sepulcro, en el fatal sepulcro,  
Y sólo en el sepulcro descansaste;  
Y los mortales sólo allí descansan,  
Que raros son los que en vivir insanos  
De Alejandro no imitan el ejemplo.  
Si es tal la vida, ¿para qué lloramos  
A los dichosos que al tranquilo puerto  
Llegaron de la muerte, ya seguros  
De este mar de dolor que aquí nos cerca?  
Y si es justo llorar, ¿por qué así estéril

En lágrimas se pierde nuestro llanto,  
Sin que aprendamos á vivir felices  
En la escuela sublime del sepulcro?  
Enjuga ya, desconsolada amiga,  
Tu llanto de dolor, y atenta escucha  
De tu amiga la voz. No ha perecido  
Tu amiga para tí; que vive y te habla  
Desde su tumba sin cesar, y dice:  
«Mira del hombre la fatal carrera,  
Mira del hombre el paradero infausto.  
Aquí ya para siempre se aniquilan  
Las grandezas del mundo, aquí se espantan  
Los sueños de la gloria, aquí los vientos  
De las pasiones se echan, y se borra  
El vaho del vivir, y el hombre es nada.  
Vendrá el trance cruel, vendrá, oh amiga,  
En que desciendas á la eterna noche  
A acompañar mi soledad. ¡Aleje,  
Aleje el cielo tan fatal instante,  
Y cada nuevo sol más despejado  
El horizonte ensanche de tu vida!  
Pero al fin, ¿qué será, y encierra un siglo  
El más largo durar de su carrera?  
Sólo un pestañear, volviendo el rostro  
Verás tu muerte á tu nacer tocando.  
¡Ay! á lo ménos, pues el plazo es breve,  
No, no le acortes, suspirando ansiosa  
Por otro día, y sin cesar por otro;  
Porque es nunca vivir, es vivir muertas  
Jugar este hoy por el mañana incierto.  
Léjos, léjos de tí las ilusiones,  
Que al misero mortal le van llamando,  
Y las sigue y se apartan, y engañosas  
Tendiéndole los brazos, le enajenan,  
Y le venden por fin, pues al sepulcro  
Le atraen, tropieza, cae, y ellas huyeron.  
Léjos de tí las bárbaras pasiones  
Que en torbellinos de dolor arrastran  
A los esclavos que las sirven ciegos,  
Y su fortuna de su mar confian.  
¿Qué es la ambicion, la vanidad, del oro  
La frenética sed? ¿qué los deseos  
De una imaginacion desenfrenada  
Y de un enfermo corazón? Errores,  
Y el error es un mal. ¿Quién en la tierra  
Fué dichoso jamas llorando males?  
La razon, la razon; no hay otra senda  
Que á la alegre virtud pueda guiarte  
Y á la felicidad. Por ella fácil,  
Tus deseos prudente moderando,  
Aprenderás á despreciar el mundo,  
La gloria y la opinion, preciado sólo  
Lo que inflexible la razon aprueba.  
Así constante vivirás contigo,  
Vivirás para tí y harás más larga  
La próspera carrera de tus años,  
Porque al fin vivirás. ¡Oh cuál me gozo  
Al mirarte feliz en la grandeza  
De tu alma pura! Superior al cieno  
De este mundo infeliz, ni los desastres,  
Ni la persecucion, ni los dolores  
Te podrán abatir, ni la fortuna  
Podrá mellar tu espíritu de bronce  
Con sus brillantes dones mentirosos.  
¿Qué puede dar la misera fortuna  
Que no posea quien felice goza  
Una sana razon? Y ¿qué desgracias  
Ha de tener quien el mayor tesoro  
De una conciencia irrepreensible y pura  
Dentro del corazón lleva escondido?  
¡Oh Lorenza, Lorenza! ¡Oh tierna amiga!  
¡Adios, adios! Desde el dichoso instante  
Que allá, en Pisnurga, te juré mi pecho  
Una eterna amistad, ¿falté, por suerte,  
Falté, responde, á tu veraz cariño?  
Siempre has vivido en mi memoria; siempre  
Ardió por tí mi corazón sincero;  
Siempre mis labios te dijeron finos  
Palabras de amistad, y eternamente  
Con mis consejos te probé y mis obras  
La verdad de mi amor. Bajé al sepulcro,  
Y él conmigo tambien: aquí á tu Quero,

Si es que un recuerdo para mí te queda,  
Por siempre encontrarás; de noche y día  
Y en todas partes te hablarán mis labios,  
Te hablarán la verdad. ¡Oh, nunca apartes  
Tu oído de mi voz! Adios, amiga,  
Adios, adios; la eternidad te espera.»

EN ELOGIO DEL GENERAL BONAPARTE,  
CON MOTIVO DE HABER RESPETADO LA PATRIA DE  
VIRGILIO.

.....Victor que viros super-eminet omnes.  
VIRGILIO.

Maron yacia en los Eliseos Campos,  
Y en torno de él volaban silenciosos,  
Cual los soles radiantes del Olimpo,  
Mil héroes; y á su vista arrebatado.  
Con celeste armonía  
Desatando la voz, así decía:  
«¡Oh venerables sombras generosas,  
Nacidas para el bien! ¿Por qué la tierra  
Tan en breve os perdió? ¿Por qué, inmortales,  
No eternizais en ella la justicia,  
La virtud bienhechora  
Que en vuestra muerte irreparable llora?  
» A vuestro aspecto acobardado el crimen,  
Tiembla y huye y se esconde, y al abismo  
Su trono cae, y la virtud hermosa,  
Sobre él alzada, el universo entero  
Trae á su dulce mando,  
Leyes de union y de amistad dictando.  
» Faltais empero, y ¡ay!..... La primavera  
Muere en los brazos del estío ardiente,  
Pero otra igual renacerá. Un otoño  
En otro y otros sempiterno vive;  
Mas la virtud fallece,  
Y otra virtud en su lugar no crece.  
» ¡Oh Fabricio, oh Camilo, oh Epaminondas!  
¡Oh tú, que de tu patria en Salamina  
Fuistes el fundador! Y tú, ¡oh Aristides!  
¡Oh Leonidas, oh Anibal, oh Scipiones!  
¿Quién ¡ay! dará á la tierra  
Cuanto ya en vuestros túmulos se encierra?»  
Mira entre tanto á Bonaparte y clama:  
«No habeis muerto; vivis, héroes gloriosos,  
Todos, todos vivis. Joven valiente,  
Tú Marcelo serás.» Dijo, y el héroe,  
El baston empuñando,  
Va al enemigo rápido marchando.  
Llega, acomete y desbarata y triunfa;  
Batalla, y un ejército enemigo  
Fué, y otro y otros; vuela, es la victoria;  
Y á una sola campaña un siglo entero  
De heroísmo cargando,  
Gana la paz, la guerra esclavizando.  
Si; que al oírle desnudar la espada  
Tiemblan los muros de diamante, tiemblan  
Ríos y montes. Sólo sin espanto  
La pobre aldea de Maron le mira,  
Que el héroe la respeta.  
Viólo en su tumba, y sonrió el poeta.  
Y rebosando en júbilo mi pecho,  
«Cumplióse, dijo, mi feliz presagio,  
Bonaparte inmortal. ¡Oh! ¿que á la vida  
No pudiese otra vez volver ahora!  
¿Quién loarte me diera  
Y que luego á mi túmulo volviera!  
» De mis cantos rayad, rayad á Augusto,  
Rayad á Enéas, y á Caton dictando  
Sus leyes á los justos del Eliseo;  
Que todo nombre de virtud y gloria  
De ellos rayado sea,  
Y Bonaparte en su lugar se lea.  
» Arbitros de la fama, hijos de Apolo,  
¿Callais? ¿Sin premio dejaréis las rosas  
Que de un maestro en el sepulcro amado  
Veis derramar? Al punto, al punto suene  
Vuestra lira felice,  
Y al heroísmo el genio immortalice.»  
Calló; y la Fama repitió mil veces



De Bonaparte y de Maron los nombres.  
Suena otra vez, y oyendo al heroísmo  
Gritar *no hay más allá*, «cesó mi imperio,  
Dijo; mi cetro rompa»;  
Y sonando otra vez, rompió su trompa.

EN ELOGIO DE UNA SEÑORA QUE EN UNA FUNCION PARTICULAR DE TEATRO HIZO EL PAPEL DE ZORÁIDA EN LA TRAGEDIA DE ESTE NOMBRE.

Como su sensibilidad y mérito resalta más que en ningún otro lugar, en el soliloquio que hay en el tercer acto, sobre él recae principalmente el presente elogio.

Era la noche; la modesta luna  
Con rostro melancólico reía,  
De las selvas calladas visitando  
La augusta soledad, do la fortuna  
Tal vez de algún amante se dolía,  
Sus lágrimas pasadas enjugando.  
Sueño, placer, amores  
Doquier volaban; y Zoráida en tanto,  
Sola con sus dolores,  
Las rosas del jardín regando en llanto,  
En la Alhambra se queja,  
Y mientras llora, Abenamet se aleja.  
¿Se aleja? ¿y es verdad? Su idolatrado,  
Su solo gozo, su única esperanza,  
Todo su corazón, su mundo entero,  
Su Abenamet se aleja de su lado.  
¿Pudo agostar el soplo de venganza  
Tantas flores de amor tan verdadero?  
¿Es de otro ya la mano  
Que, niña aún, Zoráida balbuciente  
Le ofreció? ¿Por qué en vano  
Feliz entonces la fingió su mente,  
Si iba á nombrarla esposa  
Su verdugo y su amor vil, alevosa?  
Entra esta voz en su inocente oído,  
Y desmáyase y cae, y el reino odiado  
De la muerte en su pecho largamente  
Se dilata. El Terror despavorido,  
Al mirarla caer, yerto, erizado  
El cabello, se arroja omnipotente  
A los espectadores,  
Y ata sus miembros, y su labio abriendo,  
Los más hondos temores  
Va en sus almas atónicas vertiendo.  
Mudo el Espanto vuela,  
Y el ¡ay! de todos en las fauces hiela.  
Ya torna en sí la moribunda amante.  
Va á respirar, y su primer aliento  
Es un dolor que suena sollozando  
En sus entrañas. Quiere vacilante  
La cabeza elevar, y el sentimiento  
Se la abate imperioso. Suspirando,  
La vista en torno tiende,  
Y nada ve sino su odiosa vida.  
Lucha una vez, pretende  
Otra y otras alzarse, y desvalida  
Cae: ¿y en su angustia extrema  
Sin amparo se ve? ¿Dó estás, Zulema?  
Con rencorosa voz ¡bárbaro! clama  
A su esposo feroz. Luego, gimiendo  
Con el tono de amor más lastimero  
Por su querido, ¡el infeliz! exclama,  
Y agudo sigue un ¡ay! cual si, rompiendo  
Su corazón, lanzase el postrimero  
Aliento de su vida.  
Fija la mente en que su amor traidora  
La juzgó á su partida,  
Se ahoga en amarguras, calla, llora,  
Y en tanto mil pasiones  
Hablan en su semblante y sus acciones.  
Odio, deber, amor, miedo, venganza,  
Un volcan de pasiones fulminantes  
Dentro en su alma combaten destrozada.  
El odio triunfa; con furor se lanza  
Del asiento: los ojos centellantes,  
La voz hirviendo en la garganta hinchada;  
Blanco y trémulo el labio,  
Inquieto el pié, los músculos turgentes,

A su esposo en su agravio  
Le provoca, y en ánsias impacientes  
A su querido llama,  
Y más que nunca en su delirio le ama.  
Tiende los brazos cual si allí le viera,  
Le repite su amor, enajenada  
Ya su esposa se juzga, y de repente  
Su ilusión desaparece placentera:  
En vez de Abenamet halla pasmada  
Que es ya de Bôabdil eternamente.  
Pára; sus miembros riega  
Frio sudor; su lengua entorpecida  
Al paladar se pega;  
Vuelve al cielo la vista dolorida,  
Y calla y sigue el cielo  
En su quieto girar, y ella en su duelo.  
En su silencio estúpido la espanta  
La imagen de un esposo á quien ofende.  
Teme, sola se ve, marcha á su amiga,  
Y en vano, en vano la rebelde planta  
En busca suya acelerar pretende,  
Que el rígido pavor sus miembros liga!  
Su palpitante pecho  
Fuerza el aliento, y á Zulema llama,  
Y muere á largo trecho  
Sin respuesta su voz. Otra vez clama,  
Y huye, dice al momento,  
*Do no veas mi torpe abatimiento.*  
¿Cuál se aflige de amar, y siempre amando!  
¿De aborrecer, y siempre aborreciendo!  
¿De faltar á un deber que doloroso  
Un sepulcro infeliz le está guardando!  
¿Cuán sublime expresión! está vertiendo  
Los afectos en mar tempestuoso.  
Su marcha, su semblante,  
Su silencio, su voz.... ¡Ah!.... No hay acento,  
No hay pincel que bastante  
Sea ni á bosquejar tanto portento:  
Ni ya mi pecho aspira  
Sino sólo á sentir: rompí mi lira.  
Rompedla al punto; que jamás mi mano  
La volverá á pulsar. Almas piadosas,  
No creais á mi voz, á su presencia  
Venid; ved á Zoráida. ¡Hay labio humano  
Que ose de sus acciones afectuosas  
Retratar la volcánica elocuencia,  
Ni el penetrante acento  
Que habla en la muchedumbre de sus males?  
Tan vasto sentimiento  
No cabe, no, en los pechos de mortales.  
Basta, Zoráida, tente,  
Que yo espiro al dolor que tu alma siente.  
Y ¿quién resistirá? Llámese fiera  
El bárbaro mortal que no se ablande  
A tu voz y á tu vista abrasadora.  
¿Zoráida celestial! ¡oh! ¿quién me diera  
De Pindaro y de Sófocles el grande  
Genio eternizador! En cuanto dora  
El sol, de gente en gente  
En alas de mi musa volaría  
Tu nombre eternamente,  
Y lágrimas sin fin arrancaría.  
Mas ¡ay! nací en mal hado.  
Admirarte y callar sólo me es dado.

CANCION (1).

*Incautos hijos de Marte,  
Imprudentes amadores,  
La fortuna en sus favores  
Tal vez os pierde falaz.  
Velad, velad.*

¿Cuántas veces silenciosa  
Va la traición siguiendo  
Con fermentido semblante  
Al invencible guerrero!  
Y cuando ya su inocencia

(1) Esta composición y las siguientes son imitaciones del francés. Fueron escritas para la novela titulada *Gonzalo de Córdoba*.

Y sus deseos os fió inocente.  
¿Callais? ¿cuál pena vuestro pecho anida,  
Que inunda en llanto vuestra faz caída?

CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,  
En nuestro coro virginal brillaba  
Cual la palma triunfante  
A par de humilde helecho.  
Tierna, modesta, la virtud dictaba  
En su sencillo pecho  
El inocente amor que en este día  
Premia Himeneo. ¡Día malhadado!  
¿Y la arrancas por siempre á nuestro lado,  
A nuestras inocencias y alegría?  
¿Ah! más valiera libertad gozosa  
Que de Himeneo la cadena hermosa!

CORO DE MANCEBOS.

El ruiseñor, que ahora  
Repite sus querellas amoroso  
Del ocaso á la aurora,  
Algún día contento  
Su dulce libertad cantó orgulloso.  
Amor le oía atento,  
Y, en su pecho infantil adormecido,  
Crece con él, cual encubierta llama,  
Sopla la juventud, amor le inflama,  
Y ¡adios, libre reposo, ántes querido!  
¿Adios! más vale esclavitud amada  
Que estéril libertad desesperada.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Huyeron, ¡ay! huyeron  
Para siempre los días que á su lado  
En delicias nos vieron.  
Ya nos será la vida  
Eterna soledad y desagrado.  
Ella, en tanto, querida  
Vivirá para amar. ¡Ay! imitemos  
Sus virtudes; tal vez, tan virtuosas,  
Nos verémos, cual ella, venturosas,  
Y algún digno mortal.... ¡Ah! no hallarémos  
Jamás otro Almanzor. ¿Cuándo natura  
Unió á tanto valor tanta ternura?

CORO DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso  
En sus cariños, en el márcio duelo  
Su brazo impetuoso  
Muerte, pavor, congoja,  
Cual rayo ardiente en africano suelo  
Irresistible arroja.  
Vence, y triunfa de nuevo perdonando.  
¿De dó tanta virtud? De sus amores.  
Sed Moráimas, serémos Almanzores;  
Que en ricos frutos se hermosea amando  
La higuera ya feliz, que, ántes cercada  
De estéril soledad, fué desamada.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Vivas, Moráima tierna,  
Vivas dichosa de tu esposo al lado  
En primavera eterna.  
Cada naciente aurora  
Te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;  
Y, siempre encantadora,  
Más bella cada vez te halle tu esposo.  
Fecunda oliva, tus hermosos hijos  
Siembren con sus pueriles regocijos  
Tu juventud de plácido reposo;  
E, imagen paternal, allá en tu invierno  
Cierren tus ojos en el sueño eterno.

CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado  
Viva Almanzor en brazos de su esposa.  
Volviendo coronado

Y su gloria sin recelo  
Llevó al escondido lazo,  
Le oprime en triunfo perverso.  
*Incautos hijos de Marte, etc.*

El ruiseñor, paseando  
De palma en palma su vuelo,  
Las selvas llena de amores  
Que léjos repite el eco.  
Y el gavilán entre tanto,  
Desde sus rocas cayendo,  
Se arroja sobre él. ¡Ay triste,  
Que muere entre sus gorjeos!  
*Incautos hijos de Marte, etc.*

Yo he visto al rey de las fieras  
Que, al cazador persiguiendo,  
Llega al precipicio triste,  
En falsas ramas cubierto.  
Las huella, cae, y al instante,  
Por más que ruja, indefenso,  
De su triunfante enemigo  
Perece al tímido esfuerzo.  
*Incautos hijos de Marte,  
Imprudentes amadores,  
La fortuna en sus favores  
Tal vez os pierde falaz.  
Velad, velad.*

INSCRIPCION PARA EL SALON DE JUSTICIA DEL REY.

Palidece, ¡oh Maldad! doquier que huyas  
Allí te seguiré. Con paso lento  
En pos va del delito el escarmiento.  
Ven, llega sin temor, huérfano triste,  
Que aquí te espera el padre que perdiste.

OTRA PARA EL SALON DE CORTE DE LA REINA

El Amor, Honor y Gloria  
Aquí entre inocentes juegos  
Nacen, y el Pudor hermoso  
Les da regalados premios.  
No cuesta aquí la inocencia  
El favor más lisonjero,  
Ni en el amor hay flaqueza,  
Ni furor en el guerrero.  
Basta al valor la victoria,  
Y á los corazones tiernos  
Basta en amorosas lides  
Poder triunfar complaciendo

CANCION EPITALÁMICA.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende,  
Y al Himeneo, tu querido hermano,  
La hacha inmortal enciende.  
¡Oh fecundo consuelo  
Del hombre! de tu asiento soberano  
Baja en rápido vuelo  
Riendo con la candida inocencia.  
Todo florece; el aire se embalsama.  
¿Cuál encanto, cuál dios el pecho inflama?  
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;  
¡Salve! Escuchó nuestro feliz deseo;  
Cantemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa  
De azucenas y rosas coronando,  
A la tímida esposa,  
Su virtud, sus amores;  
Doncellas del Genil, dulces cantando,  
Al cielo sus loores  
Alzad; vosotras de su pecho ardiente  
Los secretos guardais. Virgen un día,  
Los juegos y el placer con vos partia,



De la batalla impía,  
Una nueva virtud y gracia hermosa  
En Moráima le ría;  
Y en candor infantil sus hijas bellas  
Su faz halaguen con la débil mano.  
Tímidas crezcan, y el Genil ufano  
La imagen maternal retrate en ellas.  
Y, madres faustas, en su prole hermosa  
Vea muriendo renacer su esposa.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

#### CANCION GUERRERA.

*La guerra tronó : los ecos,  
A su voz, « Abenhamet »,  
Mil veces claman, y lejos  
« ¡Ay, ay! responde Jaen,  
Mis fuertes torres  
Van á caer. »*

El clarín sonó : guerreros,  
Marchad blandiendo las lanzas  
Sobre el relinchante bruto  
Que el freno espumando tasca.  
Allí donde el fiero Marte  
Acerada muerte os guarda;  
Allí, con sangre regado,  
Nace el laurel de la fama.

*La guerra tronó : los ecos, etc.*

¿Qué vale que cien provincias  
Mueva contra vos España,  
Si ocho siglos de heroísmo  
Se encierran sólo en Granada?  
Doquier os cercan gloriosos  
Las paternas hazañas;  
Cien triunfos moriscos yacen  
Doquier posáreis las plantas.

*La guerra tronó : los ecos, etc.*

¡Ay, que las tumbas se abren!  
¿Oís que de ellas os claman  
« Vencer ó morir? » ¡Perezca  
Quien viva para la infamia!  
Jurado está : el que á la muerte  
Vuelva cobarde la espalda,  
Amor será su enemigo  
Y su verdugo la patria.

*La guerra tronó : los ecos, etc.*

Si os desalientan los rayos  
De las diestras castellanas,  
Volved un punto la vista  
A las torres de Granada.  
Allí del Genil las bellas  
Os miran, y enamoradas,  
Seguras de la victoria,  
Os tejen ya las guirnaldas.

*La guerra tronó : los ecos, etc.*

¡Será que en baldon vencidos  
Dejeis marchitar las palmas  
Que en loor de vuestra gloria  
Su amor ardiente prepara?  
Lejos el temor. Doncellas,  
Tejed sin cesar guirnaldas;  
Que Abenhamet es caudillo  
Y ordena triunfar Zoráida.

*La guerra tronó : los ecos,  
A su voz, « Abenhamet »,  
Mil veces claman, y lejos  
« ¡Ay, ay! responde Jaen,  
Mis fuertes torres  
Van á caer. »*

#### CANCION.

Rosal, rosal, ¿dó está el tiempo  
Que me oyó tu sombra amiga  
Jurar un amor eterno  
Al que el suyo me ofrecía?

Cuando en tí fijaba  
La risueña vista,  
¿Con qué amor tus rosas  
Su prision cerrada abrían!  
Hora sin amparo,  
¿Qué harán? Afiligidas,  
Del pajizo trono  
Para siempre caen marchitas.

¿Cuántas veces ¡ay! tu tronco  
Nos vió en amantes caricias  
Darle en cristalinas aguas  
Su frescor y hermosa vidal  
Arbol infelice,  
Mi recreo un día,  
Ya tu solo riesgo  
Serán las lágrimas mías.  
Muerte son tus galas :  
Pluguiese á mi dicha  
Que, al caer, tus hojas  
Cubriesen mi tumba fría!

#### FERNANDO Y ELICIRA.

Romance.

Vencido en infausta guerra,  
De un príncipe moro esclavo,  
Al triste són de los grillos,  
Suspiros lanza Fernando.  
No las delicias perdidas  
Lamenta de aquellos campos  
Donde por la vez primera  
Le vieron del sol los rayos,  
Ni le amarga la memoria  
De sus padres, que, entre llantos,  
Sin esperanza le llaman  
Desde el Oriente al Ocaso.

Elcira, la hermosa Elcira,  
Hija del rey africano,  
Es la que llorar ordena  
A su pecho enamorado.  
¿Amor, amor! ¿quién resiste  
A tu omnipotente brazo?  
Desde el pastor al monarca  
Triunfante arrastra tu carro.

Dígalo la tierna Elcira,  
Que en la llama de Fernando  
Ardió, y dijeron sus ojos  
Lo que callaban sus labios.  
« Yo te amaré eternamente »,  
Dice en su mirar Fernando,  
Y el de Elcira le responde :  
« Ama, que el premio te guardo. »  
Se entienden; y amor los guía  
A sus templos solitarios,  
De donde terrible ahuyenta  
Al insensible profano.

Allí, do entre áridos montes,  
En precipicios tajados,  
Se despeñan estruendosos  
Torrentes mil espumando,  
El amor les da su copa,  
Y en deleitosos letargos  
En la márgen del abismo  
Los va adormeciendo falso.

Ya la prudente cautela,  
Ya su opinión olvidaron;  
Amor doquier los rodea,  
Y es ciego el amor é incauto.  
¿Ay, que sus tristes amores  
Resuenan ya en el palacio!  
¡Ay, que el iracundo oído  
Hieren del rey africano!

Del rey, que, el pecho de bronce,  
Ni amante jamás ni amado,  
En pos de los amadores

#### CANTATA.

Al fin yo vuelvo con la noche fría  
A ser feliz en la que el alma mía  
Cual deidad señorea.  
A verla tornaré, y en tiernos lazos  
Estrecharán mis brazos  
Aquel cándido seno palpitante,  
Do mora la virtud casta y hermosa.  
Sus dulces labios de azucena y rosa  
Los míos libarán, y oiré anhelante  
Su voz enamorada,  
Por el amor tal vez interrumpida.  
Entonces ¡ay! con lánguida mirada  
Me inflamarán sus ojos elocuentes.....  
¡Oh cuánto amor! ¡Oh cuántas inocentes  
Caricias guardará! Tal vez ahora  
Al rayo de la luna silenciosa  
Espera, de su esposo  
Las memorias queridas repasando.  
Tal vez cuenta llorando  
Los instantes que tardo á sus amores,  
Y en los días mejores  
Piensa cuando la via  
El Atlas enricado  
Gozar siempre á mi lado  
Amor inalterable y alegría.

Sombra fugaz, volaron  
Tan florecientes días,  
Y en pos de sí llevaron  
Mi paz y mi placer.

¿Dó estás, pasada gloria?  
¿Dó estás? ¡Ay triste! yaces  
En la infeliz memoria  
Que siempre clama : fué.

Fué mi fatal ventura,  
Y para siempre fué. Discordia impura,  
De la guerra infeliz soplando el fuego,  
Sin esperanza me robó el sosiego.  
De las tranquilas chozas paternales  
Nos trajo á los horrores, á la muerte,  
Y..... ¡oh! peor que el morir son los fatales  
Vicios que esta region brota doquiera.  
Osman, pérfido Osman..... ¡ah! teme, teme  
Mi venganza rabiosa.....

¿Osastes á mi esposa  
Declarar tu pasión? En vano, en vano  
Tu pecho reventó la impura llama :  
Mi esposa es la virtud, Zora me ama.....  
Mas ¿quién sabe, gran Dios, si en este instante  
Jura el pérfido ser su eterno amante?

Huye su vista, Zora;  
Huye, y de mí te acuerda;  
Por siempre fiel me adora,  
Seré dichoso en tí.

¡Oh, si por dicha mía  
No tan hermosa fueras!  
Mi amor igual sería,  
Empero más feliz.

#### CANTO FÚNEBRE.

CORO DE DONCELLAS.

¿Dónde está nuestra gloria,  
Oh hijos de Ismael? El marchitado  
Lauro romped que un día  
Os ciñó la victoria,  
Esclava de Almanzor. ¡Infortunado!  
¡Le holló la muerte impía!  
Venid, y de cipres la sien orlada,  
En lágrimas regad su tumba helada.

CORO DE MANCEBOS.

Cubrid entristecidas,  
¡Oh hijas de Ismael! vuestra hermosa  
De dolor y de muerte.  
¡Ay, ay! Ya orfanecidas,  
Vuestras trenzas cortad, y sin ventura  
Llorad al grande, al fuerte,  
Al que héroe entre los héroes relucía,  
Como en el cielo el lumínar del día,

Vuela respirando agravios.

Ministros de sus venganzas,  
Le rodean sanguinarios  
Cien inflexibles sayones,  
De horrendas muertes armados.  
Despertad, salid ¡oh amantes!  
De ese funeral letargo,  
Antes que, rotas las nubes,  
Descienda mortal el rayo.

¿No escuchais la herrada planta  
De los fogosos caballos,  
Que hacen que temblando giman  
Los ecos allá lejanos?  
Elcira, asustada, atiende,  
Vuela, registra, y « Fernando,  
El Rey..... », exclama, y sus voces  
Murieron en un desmayo.

Fernando se alza, duda,  
Vaga con inciertos pasos,  
Arde en furor, y resuelve  
Arrojarse á sus contrarios.  
Iba ya, cuando de Elcira  
Se acuerda, y lleno de espanto  
Torna, y la ve desmayada,  
El rostro en sudor bañado.

Su palidez sostenía  
Sobre un abismo un peñasco  
Que va á caer, y hondo espera  
Un torrente siempre opaco.

La ve, y palpita el amante;  
Tres veces la nombra en vano;  
Recoge su aliento, y posa  
En su corazón la mano.

« ¿No vuelves? », clama; y oyendo  
De un céfiro el soplo manso,  
Ver á su amada imagina  
Entre bárbaros soldados.

Lanza mil trémulos gritos,  
Y con el siniestro brazo  
Estrecha á Elcira, en la diestra  
Un corvo alfanje empuñando.

Ella, entre tanto, volviendo  
Lentamente va : sus labios  
Mueve, suspira, entreabre  
La vista, y mira á Fernando.

La revuelve, y en el cielo  
La clava; y luego, posando  
En su amador la cabeza,  
Prorrumpe en amargo llanto.

Llora y « te perdí », le dice.  
Nos perderán !..... ¡ah!..... muramos;  
No hay más partido..... la muerte  
Dulce me será á tu lado.

« ¡Oh Fernando..... única gloria  
De mi corazón! Te amo  
Y te amaré..... » Aquí llegaba,  
Cuando el monarca africano

Parece : grita, amenaza;  
Mas con valor desgraciado  
Su hija, sobre la roca  
A su querido abrazando,

« Tened, tened, le responde;  
Os juro que á un solo paso  
Que adelantéis, al instante  
Nos veréis precipitados. »

« En las sombras de la muerte  
Buscaremos el descanso  
Y el amor que aquí nos niegan  
Vuestros pechos inhumanos. »

Túrbase el Rey, y dudoso  
Pára; mas ¡ay! que entre tanto,  
Ansioso del premio, á Elcira  
Un sanguinoso soldado

Corre..... Deten, infelice,  
¿Dó vas?..... ¡gran Dios! se lanzaron  
Los tristes; los vió el torrente,  
Y abrió sus ondas bramando.

Dió allí á sus amores tumba,  
Y de entónces, solitario,  
Sin cesar oye á la roca  
Clamar : « Elcira y Fernando. »